

En el jardín del Edén: la creación-comunidad alterada, desgarrada

Zac Niringiye

Un cuadro que nos asombra y deja perplejos

Comparemos el cuadro del jardín del Edén y el jardín actual, la Tierra. En aquel momento Dios lo miró y consideró que era muy bueno: los sistemas de luces y los ecosistemas; las aguas de la tierra y sus habitantes; la vegetación con su diversidad y dispersión; los reinos animal y vegetal; y la humanidad. Todos en armonía. La creación-comunidad en Dios. Todo era del agrado de Dios.

¿Qué ve Dios hoy? Si lo que ve Dios es lo mismo que vemos nosotros (¡y seguramente él debe ver más!) es un jardín hecho un desastre, dañado y alterado. En lugar de armonía y comunión, hay enajenamiento, hostilidad y rivalidad; en lugar de crecimiento sano y reproducción, hay degradación de la vegetación, los bosques y los sistemas de agua; en lugar de dignidad humana caracterizada por la productividad y el cuidado de la creación (trabajo), comunión y obediencia (adoración al creador), hay pobreza, conflictos y guerras. Se parece más al caos, el vacío, la oscuridad y las cosas sin forma del principio. Sólo que ahora no podemos decir que «el Espíritu de Dios va y viene sobre la superficie de las aguas»; más bien parece que es el espíritu de las tinieblas y la desesperación que va y viene sobre los cielos del globo, amenazado por la extinción que resulta del cambio climático. Es verdad que la humanidad se ha multiplicado y ha llenado la tierra; lo que Dios ve es un consumo irresponsable, irracional y desenfrenado, que conduce al agotamiento y la destrucción de los ecosistemas. ¿No escucharon que el progreso en el jardín actual se mide en una escala de índices de consumo?

¿Qué anduvo mal? ¿Cómo fue que un jardín tan hermoso en donde reinaba la armonía –verdaderamente un paraíso– se convirtiera en el jardín que conocemos hoy?

Uno no puede comparar y contrastar los dos jardines –el Edén de aquel tiempo y la Tierra de hoy– y no quedar asombrado y perplejo. Lo más llamativo es que muchos en nuestro mundo actual viven como si todo estuviera bien y consideran que las cosas siempre fueron así. La preocupación de quienes les golpeó la crisis financiera actual –la minoría de la humanidad– es restablecer sus fortunas y volver a los elevados índices de consumo de los años pasados. Mientras tanto, la mayoría de la raza humana, que chapaleó como pudo en la pobreza durante los años previos a la crisis crediticia, teme que los días post-crisis serán peores para ellos.

Debe ser esta sensación de perplejidad y asombro la que tuvo Moisés cuando desempeñó su trabajo como pastor del rebaño de Jetro en Madián. Ya habían pasado cuarenta años desde que había huido de Egipto temiendo por su vida. Pero el recuerdo de sus primeros cuarenta años debe haberlo hecho sentir que

fue ayer. Se había criado en la casa del rey de Egipto, el faraón, mientras sus hermanos de sangre, los israelitas, se lamentaban y sufrían como esclavos bajo la mano dura de los egipcios. Ocasionalmente debe haberse escapado de las comodidades del palacio para visitar a sus hermanos hebreos en los campos de trabajo. Debe haberles preguntado a los ancianos cómo fue que el pueblo de Dios llegó a estar esclavo. Ellos le deben haber contado la historia de cómo sus antecesores migraron a Egipto buscando comida y luego «tuvieron muchos hijos, y a tal grado se multiplicaron que fueron haciéndose más y más poderosos. El país se fue llenando de ellos» (Éx 1.7).

En el corazón de esta historia estaba Yaveh, su Dios, y su esperanza de que un día él traería el fin a su esclavitud, recordando uno de los mensajes de despedida de José: «sin duda Dios vendrá a ayudarlos, y los llevará de este país a la tierra que prometió a Abraham, Isaac y Jacob» (Gn 50.24). Es una historia que pasó de generación en generación, a lo largo de un período de cuatrocientos años. Moisés estaba irritado y angustiado por los relatos y la miseria de su pueblo. Así que, un día, cuando vio un egipcio golpeando a uno de sus hermanos, actuó en defensa del hebreo y mató al egipcio. Luego Moisés se dio cuenta de que su vida estaba en peligro; de hecho, el faraón trató de matarlo. Así que huyó. De esta manera encuentra su camino a Madián. Allí goza del favor de la familia de un hombre pudiente, Jetro, un sacerdote de Madián. Se casa con una de sus hijas y se hace pastor de su rebaño.

Y ahora, en las planicies y montañas del desierto de Sinaí, pasa sus días como «un extranjero en tierra extraña» (Éx 2.22). Me pregunto si, al recordar su vida en el palacio del faraón y la miseria de los hebreos, sus hermanos de sangre, no estaba sorprendido y a la vez extrañado por cómo el Dios de sus antepasados podía permitir que le sucediera esto a su pueblo. ¿Por qué Yaveh no había cumplido su promesa? Y entonces, justamente envuelto en estos pensamientos, al pastorear en el monte Horeb, tiene un encuentro con Dios. Moisés debe haber pensado que era un sueño cuando Dios le anuncia su intención de usarlo como instrumento para sacar a Israel de la esclavitud en Egipto. ¿Qué anduvo mal? ¿Cómo podía ser esto? Habían pasado cuatrocientos años de esclavitud y cautiverio para el pueblo hebreo. ¿Dónde estaba este «Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob» (Éx 3.6)? Muchas generaciones habían llegado y pasado, y la era patriarcal había quedado tan distante en el tiempo que el conocimiento y la adoración del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob seguramente habían perdido significado. Así que le pregunta más a Dios: «Supongamos que me presento ante los israelitas y le digo: “El Dios de sus antepasados me ha enviado a ustedes”. ¿Qué les respondo si me preguntan: “¿Y cómo se llama?”» (Éx 3.14). Moisés le estaba preguntado a Dios: ¿Quién eres? ¿Dónde estás? ¿Dónde has estado?

«YO SOY EL QUE SOY —respondió Dios a Moisés—. Y esto es lo que tienes que decirles a los israelitas: “YO SOY me ha enviada a ustedes”. Además, Dios le dijo a Moisés: Diles esto a los israelitas: “El SEÑOR, el Dios de sus antepasados, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me ha enviado a ustedes. Éste es mi nombre eterno; éste es mi nombre por todas las generaciones”» (Éx 3.14-15).

La narración de Génesis es la respuesta de Dios a Moisés. Dios fue enfático con Moisés. Yaveh, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, es el Creador del universo. Y entonces, Dios le mostró el cuadro del jardín: la armonía, la belleza, la plenitud y la gloria: una representación de lo que era antes de que anduviera mal. Y luego, la explicación: el sufrimiento del pueblo hebreo como esclavos en Egipto tenía sus raíces en lo que anduvo drásticamente mal en el jardín del Edén.

El ser humano: la gran decepción y desilusión

El jardín del Edén era el lugar donde celebrar la creación-comunidad; donde el ser humano ejercía su libertad y, en obediencia a Dios, lo cultivaba y cuidaba (Gn 2.15). No puede haber obediencia donde no hay libertad; y no puede haber libertad, donde no se puede elegir. La historia de la serpiente en Génesis 3 nos cuenta cómo se malgastó la oportunidad que tuvo el ser humano para ejercer la libertad de obedecer al Creador, y así mantener el jardín como lo había diseñado Dios, y de darle la satisfacción y la gloria a él.

La serpiente no hace ningún mal al mostrarle al ser humano que él tiene la libertad de obedecer. Lo que no tiene límites es la tentación de traspasar los límites de Dios y, al hacer esto, de parecerse a Dios. La decisión fue sencilla: vivir de acuerdo al designio de Dios, dentro de los límites de la libertad, o traspasar los límites, y de esa manera rebelarse contra Dios y su designio. La primera era la elección de complacer al creador y traerle gloria y satisfacción. La segunda era una elección de obedecer a otro, aparte del creador, y complacer al propio ser humano. En lugar de que Dios reciba la gloria reservada sólo para él, el ser humano es tentado a compartirla: «llegarán a ser como Dios, conocedores del bien y del mal» (Gn. 3.5). La tentación no es parecerse a Dios porque el ser humano ya compartía el parecido con Dios; la tentación es que «se les abrirán los ojos y llegarán a ser... conocedores del bien y del mal», satisfacción y gloria para el ser humano que debían ser únicamente para Dios. La elección era entre la satisfacción propia y la obediencia, o entre la codicia y la idolatría. Idolatría sencillamente es atribuirle a otro la gloria que se merece el creador. Y como el único «otro» aparte del creador es la criatura, la idolatría es atribuirle la criatura la gloria que se merece el creador.

El ser humano eligió la segunda opción: traspasó los límites de la libertad para su propia gloria. El perjuicio fue inmediato, como Dios lo había advertido (Gn 2.17). Era muerte en todo el derredor. A pesar de que «se les abrieron los ojos» (Gn 3.7) y tenían «conocimiento del bien y del mal» (Gn 3.22), también «tomaron conciencia de su desnudez» (Gn 3.7). La inocencia del ser humano murió. En lugar de la gloria prometida, fue la vergüenza; y Dios, quien hasta aquí había sido su morada segura, ya no es segura, porque «cuando el día comenzó a refrescar, oyeron el hombre y la mujer que Dios andaba recorriendo el jardín; entonces corrieron a esconderse entre los árboles para que Dios no los viera» (Gn 3.8). La respuesta del ser humano al llamado de Dios, «¿dónde estás?», revela la extensión del perjuicio. Adán contestó: «Escuché que andabas por el jardín, y tuve miedo porque estoy desnudo. Por eso me escondí» (Gn 3.10) La relación se rompe. Dios se ha convertido en un extraño cuya presencia infunde temor. El jardín ya no es el lugar donde celebrar la creación-

comunidad; se convierte en un lugar donde esconderse del creador.

El perjuicio sobre la creación-comunidad

Ya hemos hecho referencia a la primera causa de la gran decepción: el hecho de ser «humano». Ya no es lo mismo. El «modelo» humano que hasta aquí quedaba definido por la relación con el creador, una relación de confianza y obediencia, ahora queda definido por el temor y la vergüenza (Gn 3.10). El resultado inmediato es la fractura en la comunidad humana, hombre y mujer. Niegan que cada uno sea la cara complementaria del mismo ser. El canto de gratitud, celebración y armonía cuando se cumplió el proyecto del ser humano se transformó en culpa y rivalidad. La mujer ya no es para el hombre «hueso de mis huesos» sino «la mujer que me diste por compañera» (Gn 3.12). El hombre tiene el coraje de culpar también al creador.

La historia de Caín y Abel, que sigue inmediatamente después, ilustra la extensión del perjuicio para la humanidad. Los celos, el odio y la crueldad que Caín siente hacia Abel son totalmente irracionales. Ambos trabajan en el campo –Caín trabaja la tierra mientras Abel cuida del ganado– y ambos le traían ofrendas a Dios, pero Caín está enojado con Dios porque no los trata a los dos de la misma manera. En lugar de cuestionarlo a Dios, para lo cual parece que Dios estaba abierto, Caín transfiere a Abel su enojo con Dios. Lo mata. Entonces Dios le pide a Caín que asuma la responsabilidad por su acción y le pregunta qué hizo con su hermano. La respuesta de Caín da miedo, teniendo en cuenta quién le habla: «No lo sé. ¿Acaso soy yo el que debe cuidar a mi hermano?» (Gn 4.9). ¡Tan insensible y frío! Ésta es la extensión del alejamiento entre Dios y el ser humano y entre los seres humanos.

La armonía de la humanidad con el resto de la creación, y dentro de la misma creación, también se fracturó. El juego de echarle la culpa al otro continúa. En lugar de asumir la responsabilidad por actuar fuera de los límites de Dios, Eva le echó la culpa a la serpiente. En cuanto al resto de la creación, sólo una palabra describe la consecuencia: maldición. Todo está maldito porque Dios, la fuente de bendición, ya no es el centro y base de la creación-comunidad. Y como Dios no se siente satisfecho ni es glorificado por lo que ve, no puede haber bendición. El trabajo y la reproducción también son malditos. De aquí en adelante, serán con sudor y dolor para la humanidad, y ya no con alegría y placer como antes. La tierra también es maldita (Gn 3.17). Ya no cooperará con el ser humano. Ya no producirá sólo alimento cuando se la trabaja: también crecerán cardos y espinas.

La narración del jardín del Edén termina con Dios expulsando al ser humano del jardín del Edén, con guardas ubicados en la entrada del jardín para evitar que vuelva a entrar y para «custodiar el camino que lleva al árbol de la vida». Aunque el juicio en sí mismo es duro y riguroso, es justamente lo que da esperanza. En primer lugar, el jardín no fue destruido; todavía está allí. En segundo lugar, Dios no quería que el ser humano viviera para siempre en estado de rebelión: «no vaya a ser que [el ser humano] extienda su mano y también tome del fruto del árbol de la vida, y lo coma y viva para siempre» (Gn 3.22). La rebelión del ser humano, la muerte, el daño, la perversión y la fractura

que produjo como consecuencias en la creación-comunidad de Dios no fue la última palabra.

La creación-comunidad desgarrada por la idolatría y la codicia

Continuando con la metáfora del jardín, el cuadro hoy es más complicado. Hay dos movimientos en acción dentro de la creación-comunidad: uno, como resultante de la expulsión del jardín del Edén, la vida en el frío y la oscuridad de la perversión humana; y el otro, que resulta de la acción de Dios en Cristo, que garantiza el acceso al árbol de la vida: un reflejo de la vida como era en el jardín del Edén. Y así como en el jardín del Edén el ser humano tenía la libertad de elegir, de la misma manera es hoy. El ser humano tiene la libertad de elegir a qué movimiento se unirá: al movimiento de perversión y muerte o al movimiento del evangelio y la vida eterna.

Hoy es como era entonces. Ahora que hay acceso al árbol de la vida, la decepción y el engaño del jardín del Edén prohíben el reingreso a la experiencia de la creación-comunidad como era la intención de Dios. El apóstol Pablo expuso esto en Romanos 1.18-32. En primer lugar, continúa el mismo juicio «contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos» (Ro 1.18). En segundo lugar, la «impiedad e injusticia» se manifiesta en la idolatría y la codicia. Pablo escribe acerca de la idolatría: «A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos, y se les oscureció su insensato corazón. Aunque afirmaban ser sabios, se volvieron necios y cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes que eran réplicas del hombre mortal, de las aves, de los cuadrúpedos y de los reptiles» (Ro 1.21-23).

La idolatría cambia la gloria del creador por la creación, ya sea animada o inanimada. Cambia «la verdad de Dios por la mentira», y la adoración y el servicio «a los seres creados antes que al creador, quien es bendito por siempre» (Ro 1.25). Lo que ocurre es que los seres humanos eligen primero complacerse a sí mismos, atribuyéndose el placer, la alabanza y la gloria que se merece el creador.

La consecuencia de la idolatría es la codicia. La codicia es lo contrario a ejercer la libertad responsablemente, dentro de los límites puestos por el creador. Implica alimentar los placeres y la gloria del ser humano. Como estos placeres y la gloria que buscan están fuera de los límites establecidos por Dios, se los llama lujuria. También se los llama deseos pecaminosos, porque el objetivo de la pasión no es el placer y la gloria de Dios sino el placer y la gloria del ser humano. Pablo escribe que «Dios los entregó a pasiones vergonzosas» (Ro 1.26), y «se encendieron en pasiones lujuriosas los unos con los otros» (Ro 1.27). El resultado es una comunidad fracturada y desgarrada, una comunidad llena «de toda clase de maldad, perversidad, avaricia y depravación», «están repletos de envidia, homicidios, disensiones, engaño y malicia. Son chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios y arrogantes; se ingenian maldades; se rebelan contra sus padres; son insensatos, desleales, insensibles, despiadados» (Ro 1.29, 30, 31).

¡Qué descripción tan pertinente de la sociedad contemporánea moderna! Una sociedad idólatra y codiciosa; una sociedad que ha perdido el sentido de agradar a Dios y se está degenerando y alcanzando niveles impensables de placer propio; una sociedad que ha perdido el sentido y la conexión con el otro, el prójimo; una sociedad que ha perdido el sentido de un jardín, al cual nos mandaron a todos que lo trabajáramos y cuidáramos. La manera en que los ricos continúan consumiendo mientras los pobres chapalean en la pobreza sólo puede ser descrita como cruel e insensible. Los pobres son quienes pagan el precio más alto por el cambio climático y, sin embargo, el cambio climático es un resultado directo de los hábitos de consumo de los ricos. Los economistas nos dicen que el flujo neto de recursos en la economía global no es de los ricos hacia los pobres sino ¡de los pobres hacia los ricos!

Desafortunadamente, varios esfuerzos bien intencionados de restaurar la armonía y la comunión global muchas veces han sido orientados erróneamente. Por ejemplo, durante los últimos 20 años ha habido un fuerte movimiento mundial para «Que la pobreza sea historia», ¡como si el mal de nuestro mundo fuera la pobreza! No nos sorprende que no se hayan dado cuenta de cuáles eran nuestras expectativas. ¡Lo que se necesita abordar y tratar es el tema de la codicia! ¡El desafío de la humanidad es hacer que la codicia sea historia! No estoy tan seguro de que si se hiciera esto, la pobreza material se volvería historia. Una cosa es segura: al hacerlo, se agradecería a Dios y se defendería la dignidad humana. Para entonces nuestro foco estará puesto en garantizar que los codiciosos y corruptos no le nieguen el trabajo a ningún ser humano; que la naturaleza y el ambiente no sean sobreexplotados para alimentar la codicia humana.

Pero el mayor mal ni siquiera es la codicia, como hemos visto. Es el ateísmo y la idolatría. La idolatría es tan insidiosa que se ha metido hasta en nuestras iglesias. Las iglesias actuales se han vuelto parte del sistema de eco-consumo de nuestra sociedad. El desafío y la oportunidad que se nos presenta, a quienes nos asociamos al movimiento que resulta de la acción de Dios por medio de Cristo, es reenfocar nuestras energías hacia la búsqueda de la satisfacción y la gloria de Dios. Repudiamos los esfuerzos de servirnos, glorificarnos y agradarnos a nosotros mismos, aún en causas justas como puede ser el cuidado de la creación. Es hora de dejar de apartarnos del discurso teológico en los medios públicos. Nos creímos la mentira de que debemos limitar cualquier discusión acerca del creador a un espacio religioso, como puede ser el templo. Es increíble que podamos hablar acerca de la creación, el cosmos, la naturaleza y el ambiente sin hablar del creador. El mundo necesita saber que la creación podrá encontrar el sentido de comunidad que perdió si se vuelve a buscar y agradar a Dios. Confiadamente debemos afirmar, como Jesús le enseñó a sus discípulos, que es buscando a Dios, su reino (gloria) y su justicia que todas las cosas, incluyendo el restablecimiento de los patrones climáticos, serán añadidas (Mt 6.33).